

RESEÑAS

IVAN KLÍMA, *Between Security and Insecurity*, traducción de G. Turner, Londres, Thames and Hudson, Col. "Prospects for Tomorrow", 1999, 88 pp.

Por razones bastante obvias, el fin de siglo ha favorecido la publicación de diagnósticos globales, análisis multiseculares y profecías más o menos serias, pero escasamente originales. La verdad es que en la mayoría de los casos lo que se ha ofrecido es una imagen del presente algo exagerada, decadente o deforme, pero no más. El libro de Ivan Klíma, *Between Security and Insecurity*, es un ejemplo típico: un texto superficial, apresurado, que si acaso resulta interesante como síntoma. Seguramente lo mejor es el título, que invita a imaginar el futuro a partir de la oposición entre la seguridad y la inseguridad, pero el contenido no le hace justicia. Por otra parte, Klíma es lo que podría llamarse un "testigo privilegiado" de nuestro siglo: padeció los campos de concentración alemanes durante la guerra, la persecución del comunismo en Checoslovaquia después, y el desencanto de la sociedad de consumo, finalmente; y es un novelista prolífico, popular e inteligente. Por todo eso llama la atención que su intento de presentar una mirada general del fin de siglo carezca tan absolutamente de imaginación; por eso digo que puede interesar como síntoma.

La idea del título es atractiva: la ciencia, la técnica, la organización del mercado y del Estado de derecho ofrecen una seguridad que no tiene comparación con ninguna época pasada, pero lo hacen a costa de una decadencia de la religiosidad que expone al hombre moderno a formas también inéditas de inseguridad. Curiosamente, la conjetura sólo le sirve para justificar un monótono lamento por el "vacío espiritual" de nuestro tiempo, para repetir una y otra vez que tenemos vidas llenas de cosas pero faltas de sentido.

La lectura es aburrida porque lo que dice es bastante sabido; no sólo habla de hechos conocidos, sino que les da una interpretación también conocida, de lugar común. Pero eso es lo que permite mirar el texto como indicio, para especular acerca de nuestras creencias más obvias. Describe un mundo que se parece al que puede ver cualquiera y lo explica como lo explicaría casi cualquiera: para mucha gente, dice, la vida no tiene otro propósito sino encontrar alguna diversión; el lugar de la liturgia religiosa, del

arte, de muchas formas de vida pública lo ocupa hoy el espectáculo; las familias están tan desorientadas como las escuelas; las relaciones son cada vez más neutras y frías, los ambientes cada vez más artificiales; falta un orden moral, una jerarquía de valores que resulte indudable, un sentido trascendente de la vida. De acuerdo: una visión semejante puede encontrarse todos los días, en cualquier periódico, pero falta saber qué significa todo eso que forma nuestro presente; o bien, qué significa el hecho de que interpretemos nuestro presente de semejante manera.

Todo el argumento de Klíma está montado sobre una idea muy simple y repetida: los seres humanos necesitan creer en una realidad trascendente, necesitan alguna forma de religión; en la medida en que las viejas iglesias y doctrinas pierden fuerza, tienden a surgir nuevos credos y formas sustitutivas de la fe, sin embargo, “la necesidad de creer permanece insatisfecha, y emergen cada vez más sucedáneos de la religión...” (p. 20). Esa “necesidad de creer” es postulada como si fuese un *dato* antropológico, cosa que no es, y la idea de la ausencia de religiosidad se presenta como un hecho histórico cierto, indudable, lo que tampoco es obvio ni mucho menos. De hecho, el propio texto de Klíma serviría para sostener una explicación muy distinta, podría tomarse como ejemplo de la forma de religiosidad característica de nuestro siglo, parecida a lo que Comte llamaba la Religión de la Humanidad: una religión cuyo horizonte de trascendencia es la Humanidad, puntualmente compatible con la Ciencia (una religión “demostrada”) y de orientación sobre todo práctica, moral.

No hay otra palabra que se repita tanto en el libro de Klíma como “Humanidad” o “humano”; no está nunca del todo claro en qué consiste ni cómo se define, a veces es nuestra condición genérica, a veces es un adjetivo que indica superioridad o calidad espiritual, pero siempre aparece con una aureola que exige reverencia. La Humanidad es algo terriblemente importante. Es curioso: en las primeras páginas hay la idea de que al darnos cuenta de la magnitud real del Universo, de la enormidad inabarcable del tiempo y el espacio, no podemos más que reconocer nuestra propia insignificancia; que las antiguas creencias religiosas tenían sentido en un universo reducido, pero la Ciencia hace irrisoria la idea de un Dios personal, ocupado de nuestros destinos. Y sin embargo, unas páginas más allá, desaparece toda esa modestia: “Estoy convencido de que se acerca, para toda la Humanidad, el momento en que habrá de decidirse no sólo el destino de nuestra civilización, sino de la vida misma” (p. 9). El tono apocalíptico y el tamaño de la responsabilidad le dan un carácter propiamente religioso a la tarea pendiente: es algo trascendental.

Desde luego, según su idea, la religión es una fantasía, lo suyo es una sobria conciencia científica; “el problema —dice— es que la gente necesita la es-

peranza" (p. 13), de modo que incurre en la irracionalidad porque "le permite creer en cualquier cosa" (p. 23). Dicho de otro modo, la racionalidad (científica) lleva de modo inevitable a una sola conclusión verdadera (y triste), mientras que la irracionalidad permite una desordenada floración de deseos e ilusiones. Lo que llama la atención es que su mirada escéptica resulte, al fin y al cabo, tan parecida a la ilusión religiosa. "Sabemos que nuestra civilización está amenazada por nuestras acciones y por nuestra falta de moderación" (p. 14); y bien, hay que decir que no, no *sabemos* eso (por más que sea una creencia bastante general), pero creer en ello nos permite dotar de significado a nuestra existencia, hacerla enormemente importante. La idea de que está en nuestras manos el destino de la vida misma es, por decir lo menos, una exageración, pero muy reconfortante: es una réplica —distorcionada— del Pecado Original y ofrece la misma, consoladora idea de grandeza.

En lo demás, el libro no hace más que repetir, de varios modos, con ocasión de lo que sea, el tópico conservador del "vacío espiritual" de la vida moderna. Habla de la destrucción de las familias, de la desorientación de las escuelas, de la falta de un orden moral, de la "basura" con que se alimenta el espíritu de los jóvenes (y que lo hace, incluso, añorar la censura comunista). Todo bastante conocido. Ahora bien: hay en esa mirada una forma de autocomplacencia bastante común, pero vagamente siniestra.

Lo primero que salta a la vista es un subterráneo (y beligerante) ánimo aristocrático. La descripción del desolador panorama contemporáneo, hecho de basura, gula y espectáculo, de entretenimiento y envidia, es un modo oblicuo de afirmar la superioridad del espectador que puede ver más lejos, con un espíritu más elevado. Los lectores pueden congratularse de participar de ese mundo superior, de auténticos valores y arte verdadero, de vidas significativas, responsables, ilustradas y valiosas, porque le dan la razón al autor: miran a su alrededor y ven ese mismo espectáculo decadente, espantoso; después encienden la televisión. Pero hay más: las formas contemporáneas de diversión, según Klíma, ofrecen una "realidad artificial" que hace olvidar los problemas fundamentales de la existencia, pero que no puede dar tranquilidad espiritual ni la seguridad que había en la vida religiosa de los tiempos pasados; creo que es un error y un error peligroso. No parece cierto que tengamos nada que envidiar a los auténticos creyentes, que vivían en la constante angustia del pecado, ante la amenaza de la condenación eterna; sus temores, sus dudas, su inseguridad espiritual era —según lo más probable— tan aguda como su inseguridad material. No descansaban plácidamente en la certeza del Paraíso, pero no podían apartarse nunca de la iracunda mirada de Dios.

El error es peligroso, porque en esa idealización del pasado anidan impulsos extraños. Dice Klíma: "los propósitos que la civilización occidental

considera deseables con frecuencia no producen ni satisfacción ni felicidad. Por el contrario, en las situaciones difíciles se descubren valores olvidados por la opulenta sociedad moderna, como la solidaridad, el autosacrificio, la amistad y el amor” (p. 57). Lo que es fundamental y peligrosamente *falso* es la idea de que otras culturas, otros tiempos fuesen “más espirituales” gracias a la pobreza y la inseguridad, dedicados al amor y dispuestos al sacrificio por ideales más elevados; es la vieja quimera republicana de la virtud austera, de la pobreza feliz y la camaradería de las trincheras. Acaso un consuelo útil para los fracasados en el orden moderno, para quienes no consiguen las despreciables satisfacciones de la riqueza, pero también es el anuncio de otra posibilidad, la de un orden “espartano”, pleno de sentido. Mirando las vidas grises y apagadas de nuestros contemporáneos, su indiferencia y su apatía, se hace Ivan Klíma una reflexión estremecedora: “Acaso haga falta la amenaza de una catástrofe real ante su puerta para que la gente comience a mirar la vida como algo real, y no sólo una sombra en la pantalla de la televisión...” (p. 39). Ese desprecio por la frívola superficialidad y el contenido material de las masas, por muy humanitario y espiritual que se quiera, desemboca en una nostalgia de la violencia que está en las puertas del fascismo.

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO

PIERRE MULLER e YVES SUREL, *L'Analyse des politiques publiques*, París, Montchrestien, 1998, 153 pp.

Como se sabe, la discusión sobre políticas públicas en México está dominada por la literatura anglosajona. Si bien ello es comprensible, también ha provocado que nuestras discusiones sobre el tema difícilmente incorporen lo que otras tradiciones intelectuales pueden aportar para enriquecerlas.

Por citar un caso importante, mientras que en el ámbito europeo los estudiosos franceses (por obvias razones, claro) han contribuido de manera importante al debate intelectual y a la generación misma de las políticas públicas, los conceptos y experiencias producidos por ellos no llegan a conocerse en nuestro país, salvo en contadas ocasiones y casi por casualidad.

Así las cosas, el libro de Pierre Muller e Yves Surel parece ser una excelente oportunidad para abrir nuestras perspectivas y acercarnos a los análisis franceses sobre el Estado y su administración. Estos reconocidos especialistas realizan, en unas cuantas páginas, una completa revisión de la literatura sobre las políticas públicas, incluyendo en ella a los clásicos norteamericanos (Simon, Lowi, Lindblom, Allison, etc.), a los principales autores